

Manu acababa de discutir con su novia y se siente al fin sosegado.

Resulta que ya no estaba satisfecha, porque cada vez hacían el amor con menos frecuencia, como si aquello fuera una obligación.

Y lo peor es que él lo percibía como si así fuera.

Hacía años que estaba teniendo la sensación de haberse convertido en un esclavo sexual, y aquella preciosa noche de primavera le parecía el mejor momento para romper con esa condena.

Al parecer, mientras él se había ido al baño, ella se había levantado y leído el poema que contenía el nombre de la destinataria.

Y es que Mónica le sonaba a poética aristotélica, república platónica, estética kantiana, y a simpática.

En el fondo consideraba aquello como un golpe de gracia del destino justo cuando estaban a punto de abandonar la capital española para regresar a París.

Allí habían vivido antes juntos cinco años que no habían estado mal, pues gracias a ellos pudo pasar todo el tiempo que quiso visitando sus templos favoritos, el Louvre y el museo de Orsay.

Sin embargo intuía que aquel no sería el lugar donde transcurriría el resto de su vida, y ni siquiera en Francia, pues había algo en la sociedad de su país que le disgustaba profundamente, aunque no sabría decir lo que era.

Bueno sí, que se había vuelto terriblemente burguesa.

Su novia era el ejemplo, aunque había casos mucho peores.

Ella al menos podía permitirse consagrar su vida al consumo, pero el que los hijos de los obreros emplearan todo su tiempo libre en ir de compras, en lugar de dedicarse al amor y la cultura, le parecía una atrocidad.

Por una parte comprendía que el conservadurismo fuera una cuestión de la edad, lo cual explicaría que incluso aquellos que habían participado del mayo del 68 se hubieran vuelto terriblemente conservadores.

Sin embargo le parecía que había algo más, porque afectaba también a los jóvenes, que independientemente de su clase social llevaban una vida tan gris y aburrida como si fuesen ancianos.

A las chicas, como síntoma de esa tristeza colectiva, les había dado por quedarse esqueléticas y vestirse de luto.

Al menos en España todavía quedaban mujeres capaces de llevar vestidos de flores sin miedo a mantener su esencia colorada en tanto que carnal.

Miedo, ésa era la palabra.

Pero él no tenía ninguno.

Por ese motivo se dedicaba a leer todo lo que le daba la gana y a meditar, sin importarle lo más mínimo aprobar la oposición para profesor de lengua y literatura.

¿Miedo a qué?

¿A estar vivo, luego a morir?

Tras sus reflexiones, volvía a escribir imaginándose muerto de placer entre los brazos de aquella española vestida de rosas con olor a clavel.

Precisamente la nacionalidad de su rival había sido lo que más le había dolido a su novia, que creía que por llevar la denominación de origen francesa, como el champán, podía considerarse superior.

Como si aquello no se tratara de otro engaño, al igual que el de las marcas, para volverse insensible frente al prójimo y vivir ajeno a la realidad.

Lo cierto es que durante años se había sometido a unas creencias burguesas que le parecían estúpidas, pero ya no pensaba continuar soportando aquella tortura.

Y al fin, los nervios que le devoraban han desaparecido.